EL CAMINO DE NUESTRA VIDA

Al principio debió de ser casi como un secreto entre iniciados. Los muy amigos se pasarían unos a otros la buena nueva. Con feliz excitación sería comunicada y recibida de boca a oído. Brillarían los ojos bien abiertos y se esbozarían gestos de falsa, sorprendida incredulidad. «Que no puedo creerlo. ¿Es de veras? Pero ¿es de veras?» Y sí, era cierto; rigurosamente cierto. En aquella remota clínica, oculta tras de las fabulosas selvas tan temibles en el pasado, un verdadero mago de la medicina geriátrica administraba ahora el tratamiento de absoluta garantía, mediante el cual todas las miserias de la edad quedaban aliviadas primero y al fin desaparecían por completo. Siempre soñó la humanidad con el elixir de la eterna juventud; el pacto del doctor Fausto encendió desde antiguo las imaginaciones, y en tiempos todavía recientes quiso verse una promesa firme en el injerto de glándulas que con poco éxito practicaba un doctor Voronof de transitoria notoriedad. Pero ahora se trataba de otra cosa. Ahora estábamos en manos de la verdadera ciencia, que sólo promete aquello capaz, en efecto, de cumplir, y que, en último término, pone sus descubrimientos a disposición del género humano en su totalidad.

Al principio sería casi como un secreto entre iniciados: magnates de la industria, famosos play boys *valetudinarios, dictadores empedernidos, viejas estrellas de cine, directivos de las grandes uniones sindicales endurecidos por la lucha, veteranos cantantes fatigados ya por las demandas excesivas del micrófono y de los focos, se eclipsaban por un momento, desaparecían de la escena pública durante un par de semanas o tres, y antes que las especulaciones acerca de su ausencia hubieran cundido, ya estaban de nuevo ahí, radiantes de una energía milagrosamente restaurada. Incluso circuló el rumor de que Su Santidad mismo, impaciente con las dolencias que estaban obligándole a descuidar su dilatada grey, había acudido también —bajo cautelas extraordinarias, eso sí, para guardar la mayor reserva— al nuevo santuario de la ciencia, de donde regresaría con recuperado vigor... De vuelta a casa, solían estos privilegiados regalar a sus más íntimos el relato de la gran*

experiencia, facilitándoles todos los detalles útiles para que, a su vez, pudieran aprovechar tan maravillosa oportunidad. Sólo ellos poseían al principio los datos exactos acerca de la personalidad del asombroso doctor, persona él mismo —aseguraban— de edad avanzadísima, pero de un verdor perenne, hombre ágil, alegre, eficiente en grado sumo y muy amable, aunque también muy estricto en cuanto a la observancia del régimen que prescribía, y siempre dispuesto a brindar con entera generosidad a cuantos la necesitasen y desearan la droga prodigiosa, de cuya fórmula era único y fiel depositario.

Pero pronto empezó a difundirse fuera de los estrechos círculos de los potentados la noticia de este doctor mágico que, en su misterioso sanatorio, había restablecido las destituidas fuerzas de tal o cual dictador sudamericano, de tal o cual tycoon *japonés, de tal o cual rey de la industria automotriz norteamericana o alemana, de tal o cual príncipe árabe, de tal o cual cineasta italiano, de tal o cual dama de la declinante aristocracia británica, para no hablar de los vetustos personajes que gobiernan el mundo socialista; y así pudieron irse conociendo las particularidades de algo que era, sin duda alguna, una bendición destinada al común de los mortales y no había de quedar reducido al privilegio de los* happy few, *del* beautiful people. *Con general satisfacción se supo que el tratamiento en cuestión no tenía, ni mucho menos, lo que se dice un precio prohibitivo, pues era claro que el afán de lucro no entraba para nada en esta empresa humanitaria. La mayor dificultad para la obtención de sus beneficios radicaba más bien en conseguir admisión e ingresar al sanatorio, tan asediado ya por numerosos solicitantes desde todos los puntos del globo terráqueo.*

Se encontraba situado el establecimiento en un apartado lugar —lugar ameno y gratísimo, según lo describían quienes allí habían pasado una temporada; lejos de cualquier ciudad, en medio del boscaje, con vistas sobre una playa muy hermosa, y envuelto en un silencio que permitía el reposo indispensable para un mejor resultado de la cura—. Hechos los arreglos pertinentes, no había problema alguno para llegar hasta allí: un automóvil recogería en el aeropuerto más próximo al paciente, quien, a partir de ese instante, no tenía sino que dejarse llevar, pues ya había entrado dentro del sistema, donde todo estaba previsto, preparado y a punto hasta la hora dichosa en que, dado de alta, saliera del sanatorio satisfecho, jocundo y... ¡como nuevo! El único requisito era atenerse con escrupulosa docilidad y tranquila obediencia a las prescripciones exigidas. Siguiéndolas al pie de la letra podía estarse seguro de conseguir, por último, una estupenda sensación de bienestar con perspectivas vitales en las que ni siquiera hubiera soñado uno.

Todo era, pues, sencillo, diáfano, perfecto, y desde luego, la atmósfera de secreto que —muy a pesar de su director— pareció al comienzo rodear al sanatorio del doctor Gefilte Fish no tenía otra causa que la expectación curiosa producida siempre por cualquier novedad, y más cuando quienes la conocen piensan poder convertirla en monopolio de una minoría distinguida.

Que jamás fueron tales los designios de aquel eminente hombre de ciencia, cuyos desvelos iban —según quedó dicho— encaminados a favorecer al género humano en su conjunto, pudo comprobarse tan pronto como, en la prensa de los más diversos países, empezaron a aparecer anuncios divulgando la accesibilidad de ese bien que todos aspiramos a alcanzar: la prolongación indefinida de nuestra permanencia sobre el planeta, que si a algunos pocos desquiciados se les antoja inhóspito y desean escapar por el foro de su animado escenario, ¡allá cada cual con su humor! La inmensa mayoría de los vivientes, por mucho que nos quejemos, preferimos permanecer en él el mayor tiempo posible... En suma, los anuncios informaban con simple puntualidad y en estilo más bien lacónico sobre el procedimiento para lograr el anhelado bien: cómo solicitar admisión al sanatorio, documentos a presentar, agencias mediadoras, costos, plazos de pago y demás formalidades que, una vez cumplidas, darían derecho a recibir el tratamiento. A partir de ese instante sólo faltaba ya aguardar a que el solicitante recibiera una cédula de aceptación con la fecha fijada para su ingreso. Ni recomendaciones especiales, ni complicaciones de clase alguna.

A mí, esos anuncios me llamaron la atención desde la primera vez que me los eché a la cara. De entrada, me resultaron atractivos. Será cierto, y no tengo inconveniente en reconocerlo, que estamos embarcados todos en esta nave de los locos que es el mundo; pero desde luego, no seguiría yo, como los borregos de Panurgo, al insensato que se tirase por la borda. Muy al contrario: no sólo estoy resignado a trampear con las inevitables penalidades que puedan sobrevenir, sino contento de poder ir saliendo adelante, sobre todo desde que tuve la suerte de acertar aquella bendita quiniela, por cuya virtud me encuentro libre de penurias económicas y en condiciones de disfrutar con holgura hasta el fin de mis días, aunque sean todavía más largos que los de Matusalén. Lo que deseo es que se prolonguen al máximo. Así es que tan pronto como vi los anuncios del famoso doctor Gefilte Fish en el periódico, me dije: «¿Por qué no has de vivir tú más que Matusalén?», y sin vacilar demasiado reuní mis papeles, me acerqué a la agencia y —previo abono de las cantidades estipuladas— solicité mi admisión al sanatorio.

No pudieron indicarme al punto cuánto tiempo tendría que espe-

rar; sabía —y ellos me lo confirmaron— que, por lo regular, es un lapso bastante considerable. Y como desde que acerté la quiniela estoy libre de la servidumbre del trabajo, y a ratos me aburro, decidí emplearlo en aprender la lengua del pequeño y harto desconocido país donde el establecimiento se encuentra. Era ésta, desde luego, una diligencia ociosa. Para todos los trámites llevados a cabo, así como para recibir luego las instrucciones propias del tratamiento, basta y sobra con esas cuantas frasecitas de inglés básico que nadie ignora; pero ¿qué perdía yo —me dije— con llenar mis horas vacantes adquiriendo aquel idioma extraño en lugar de ejercitar mi paciencia en hacer solitarios con la baraja o resolver crucigramas,. imposibles problemas de ajedrez? Fácil me fue proveerme de los equipos electrónicos necesarios, y algo más difícil procurarme el material docente para una lengua que, por lo visto, nadie tiene interés en estudiar; pero con pertinacia pude conseguirlo, y en seguida me puse a la tarea. Los varios meses de mi espera fueron plazo suficiente para que llegara a alcanzar aceptable destreza en el uso de aquella lejana lengua, y hasta tuve la oportunidad de probar en la práctica mi nueva proficiencia cuando, en la barra de una cafetería, se me deparó el raro azar de entablar contacto pasajero con cierto individuo, emigrante o refugiado político, o quizá mero estafador internacional, procedente del país adonde me proponía yo ir a buscar la fuente de Juvencio.

Sin embargo, cuando llegó —que todo llega— el momento de trasladarme a él e ingresar en el celebrado sanatorio, no pude al pronto lucir mis flamantes habilidades lingüísticas: tan bien organizado lo tenían todo, que no hubo caso. Al descender del avión me encontré reunido con unas cuantas personas de diverso origen y aspecto, pacientes como yo de seguro, y el grupo que formábamos fue conducido a un autobús, y el autobús, tras no excesivamente largo trayecto en la oscuridad nocturna, se detuvo ante el umbral del establecimiento, donde alguien, recogiendo las cartas de identificación, nos distribuyó por las habitaciones, en cuyas puertas un tarjetón ostentaba el nombre del usuario a que cada una estaba asignada.

Era de noche, y ya muy tarde. Durante el viaje de autobús apenas había podido divisar nada, ni tampoco ahora, en el edificio, me llamó la atención cosa alguna. Estaba muy cansado. Mi cuarto parecía cómodo, era agradable, limpio. Sin apenas colocar en el armario los enseres que saqué de mi maletín, me desnudé, me puse el pijama y me metí en la cama. Apagué la luz, y quedé dormido de inmediato: estaba cansadísimo. Dormí profundamente.

A la otra mañana, apenas abiertos los ojos y cuando me hube desperezado un poco entre las sábanas cavilando en cómo empezaría mi

primera jornada de tratamiento, vi abrirse la puerta e irrumpir en el cuarto una enfermera, cuya amable sonrisa mal disimulaba la amenaza de la jeringa con que venía armada: su evidente propósito era aplicarme una inyección hipodérmica. Atolondrado, salté de la cama, y ya ella me estaba conminando —por señas más bien explícitas y acentuación de su franca sonrisa— a que descubriera la región de mi cuerpo donde suelen clavarse con más espacio las salutíferas inyecciones. Vacilé un instante: bajo su uniforme de enfermera, era aquella mujer una campesina robusta de simpática apariencia. Recordé las instrucciones recibidas: estricta sumisión a cuanto me fuera prescrito —y me decidí, según se me ordenaba, a descubrir mi trasero—. Pero ¿cómo hubiera podido hacerlo sin dejar ver también la parte anterior, tanto más que —sin duda, por virtud del sueño reparador— se ostentaba en ella con evidente insolencia una extemporánea dilatación y un erguimiento fuera de propósito? En vista de lo cual, rompió a reír la simpática enfermera.

«Perdone», quise disculparme; y buscando en mis conocimientos de su idioma las palabras adecuadas para formar una frase de conciliadora galantería, le dije como mejor pude que, por favor, interpretara aquello como una especie de involuntario homenaje a su persona... Pero ¡qué! Al darse cuenta ella de que, mal o bien, hablaba yo el idioma del país, me replicó, muy seria ahora, desconcertada, alarmada casi: «Señor mío, usted no tendría por qué estar aquí». A duras penas procuré explicarle entonces (mientras que maquinalmente procuraba ella ponerme la inyección) que no era, en efecto, mi decadencia física lo que me había movido a buscar el tratamiento del doctor Gefilte Fish, sino más bien un deseo de prevenir para el futuro esa decadencia, manteniéndome en buen estado conforme avanzaran los años. La enfermera no parecía atender a mis palabras, quizá no las comprendía; y —debo decirlo— el cumplimiento de su deber profesional dejó bastante que pedir: el pinchazo me hizo daño, aunque me abstuve de quejarme, atribuyéndolo a su manifiesto nerviosismo.

Salió la mujer con la misma brusquedad con que había entrado, y yo me volví de nuevo a la cama. Quizá esto fuera aprensión mía, pues los efectos de la inyección no hubieran podido ser tan inmediatos; pero es lo cierto que estaba un poco aturdido, y hasta me sentía invadido por rara somnolencia.

Después de un rato, cuya duración no podría precisar, y medio adormilado como estaba, empezó a llegarme desde fuera de la puerta o de junto a la ventana del cuarto el rumor de una conversación. Era como un susurro, un zumbido; y sobre su fondo oscuro pronto pude distinguir dos voces femeninas que se alternaban, se interrumpían, se superponían a veces. Por último, creí ir reconociendo en el diálogo al-

gunas palabras. Puse atención; y cuanto más me fijaba y más oía, más me iba pareciendo que se referían a mí, al paciente que era yo. Probablemente la enfermera comentaba con otra los detalles de nuestro primer contacto; quizá se burlaban de mí. Al fin llegué a darme cuenta de que su comentario giraba en torno al hecho —¿insólito acaso?— de que yo conociera la lengua nativa de aquel país. Pero ¿por qué había de llamarles tanto la atención ese simple hecho, ese hecho insignificante?

Empecé a preocuparme un poco. Imaginé incluso que trataban de expulsarme del sanatorio o de cambiarme a algún otro lugar, qué sé yo... Una de las interlocutoras puso término a la conversación con esta frase, que sí comprendí claramente: «Tú, déjalo de mi cuenta —dijo—. Yo me encargo de él».

Y ¡lo dicho!: no habría pasado media hora cuando me entraron el desayuno al cuarto, y acompañando al melancólico desayuno de hospital, entró también una mujer, especie de inspectora, o médica, o jefa de algo a juzgar por su aspecto y porte. Esperó a que se hubiera retirado la camarera, y entoncés me saludó, muy cumplida y resuelta, en su idioma para preguntarme si me sentía a gusto, si necesitaba alguna cosa. Por supuesto, que yo me alegré de poder lucir al fin mis flamantes habilidades lingüísticas. Mantuvimos una charla demorada y apacible, durante la cual averiguó todas mis circunstancias; una especie de charla amistosa, sin lápiz ni cuaderno, sin las habituales anotaciones, que, desde los detalles personales, se extendió luego a cosas de más general alcance. Tuvo ella curiosidad por conocer muchas particularidades de mi propio país, y yo, por mi parte, no vi inconveniente en informarla de cuanto quisiera saber y le interesara. Lo que me interesaba a mí era conocer lo relativo al tratamiento que me aguardaba, asunto sobre el que no pareció dispuesta a ser demasiado explícita. Comprendo que para quienes están en la tarea diaria ese tema pertenece a una aburrida rutina de la que no apetece hablar, y nadie tiene ganas de explayarse sobre lo tan trillado. Me dijo, a preguntas concretas mías, que el señor director, el doctor Gefilte Fish, supervisaba todas las actividades de la Casa, y sólo al término de cada tratamiento acostumbraba visitar a los pacientes para asegurarse de su éxito y darlos de alta. Hasta ese momento, los pasos sucesivos eran vigilados y controlados por personal muy eficiente...

Fue, como digo, una conversación agradable. Sin duda, debí de caerle bien a aquella señora. Cuando iba ya a despedirse, se detuvo en la puerta y me previno que en mi trato con dicho personal —en definitiva, con cualquier clase de gentes— debía abstenerme de usar la lengua del país, que con tanta aplicación había aprendido, y ello, no

por nada, sino tan sólo para evitar el riesgo de que, en razón de conveniencias administrativas, quisieran trasladarme al edificio del sanatorio destinado a los clientes de procedencia local. Este donde nos encontrábamos, reservado para los extranjeros, era mucho más confortable, más lujoso, estaba mejor atendido; era, en una palabra, preferible; y como yo le había sido simpático, me aconsejaba esa precaución: lamentaría ella que el entusiasmo con que me había esforzado en aprender su lengua redundara en perjuicio mío. «Ah, pero ¿hay entonces otro sanatorio para...?», inquirí. «Otro edificio. Ahora debo irme a cumplir mis obligaciones. No olvide lo que le he dicho: hable siempre en inglés o francés. Y tan pronto como yo pueda, volveré a tener el placer de charlar con usted», dijo, y se marchó, dejándome un tanto perplejo.

Desde luego, seguí sus prescripciones. Según me había indicado, guardé para mí el fruto de mis desvelos lingüísticos, prometiéndome preguntarle, tan pronto como de nuevo me la echase a la cara, toda una serie de cuestiones acerca de la organización a que había confiado yo mis justos anhelos de larga y próspera pervivencia. La rutina del tratamiento —inyecciones, píldoras, régimen especial de comidas y ejercicios físicos— no me impresionó como cosa excepcional. Empecé a cumplirlo sin entusiasmo, pasivamente, mientras con impaciencia aguardaba la próxima entrevista con la amable doctora.

No tardó mucho en producirse esa próxima entrevista. Y tras ella, en seguida otra, y después, varias más. ¿Para qué dilatarme en el relato de nuestras frecuentes pláticas? Baste decir que en su curso creció entre nosotros una buena y firme amistad, amistad que había de tener consecuencias muy serias, más para la doctora que para mí mismo. En cuanto a mí se refiere, supe, por lo pronto, que el famoso sanatorio del doctor Gefilte Fish constituía en verdad toda una red de edificios gemelos diseminados, con localizaciones semejantes, a lo largo de la costa, y que al frente de cada uno de ellos se hallaba un alter ego *del reputado doctor Gefilte Fish, de cuya verdadera identidad, por lo demás, nadie parecía estar muy seguro. Lo que sí era cierto es que al comienzo, la fama universal ganada por el establecimiento primitivo, la gran demanda de plazas llegada a lugar tan selecto y exclusivo desde las cinco partes del mundo, hizo pensar en la conveniencia de duplicarlo a pocos kilómetros del emplazamiento original. Y conforme iba creciendo luego esa demanda, como, en efecto, crecía de manera incesante, el modelo siguió proliferando en siempre nuevas réplicas, hasta el punto de que ahora ni aun los más enterados conocían ya el secreto entero de la organización, cuyo plano quedaba reservado a poquísimas personas, acaso tres o cuatro nada más.*

Tampoco era asunto demasiado diáfano el de la eficacia del renom-

brado tratamiento. Como en Lourdes o en Fátima, también aquí se ponderaban mucho sus logros; se cacareaban y exhibían con aparatosidad publicitaria los casos de longevidad notable, quedando silenciados, en cambio, omitidos y relegados al olvido aquellos otros que el sanatorio no hubiera podido mostrar con orgullo.

En el mío personal no habría motivo para hablar de fracaso, más bien al contrario. Hasta hoy no puedo quejarme: los años pasan, y aquí sigo yo, tan terne. Ya se verá si alcanzo o no a competir en edad con el paradigma matusalénico. Tampoco esto me importa ya demasiado. Como solía hacerme notar en aquellas conversaciones nuestras mi amiga la doctora, lo importante no es vivir mucho tiempo, sino vivirlo tranquilo y contento. Tranquilo y contento vivo yo. Y entre las satisfacciones que mi residencia en la tierra me ha proporcionado, no fue una de las menores la de haber podido ayudarle a esa buena amiga mía en su empeño, nada fácil, de escapar de la tela de araña del sanatorio y —como dijo el otro— «elegir la libertad». Hoy ejerce aquí, en nuestro país, su profesión médica, con dedicación honesta y modesta, en consultorio propio bien acreditado.

De cuando en cuando nos vemos, salimos a cenar juntos. Es una excelente amiga.

FRANCISCO AYALA

Marqués de Cubas, 6
MADRID